Saludo en la Visita al «Pequeño Cottolengo Don Orione de Claypole»

Papa León XIV

Pronunciado en la mañana del lunes 9 de noviembre de 2026 ante los residentes, trabajadores, religiosos, religiosas, familiares y voluntarios del establecimiento ubicado en Claypole, zona sur del conurbano bonaerense.

«Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estoy muy contento de poder compartir este encuentro con todos ustedes. Agradezco las amables palabras de Mons. Jorge Lugones, obispo de Lomas de Zamora, y del Hno. Jorge Silanes, director de este centro. Gracias también a Marta y a Norma por sus testimonios. Muchas gracias. Gracias a todos por la música y por recibirme con tanto entusiasmo y alegría.

Hay lugares —como este Hogar—, en los que la caridad no solo se ve expresada en las obras, sino que se reconoce en cada gesto, en cada rostro, en cada sonrisa y, hasta podríamos decir, en el aire que se respira. Eso es el "Pequeño Cottolengo": una comunidad fraterna de puertas abiertas, en la que todo nos habla del amor de Dios. San Luis Orione, su fundador, quiso que este lugar se conociera como la "ciudad de la caridad" y, para poder construirla, rezó y trabajó durante muchos años, confiando profundamente en la Divina Providencia y movido por el amor a las personas más frágiles de la sociedad, que muchas veces eran ignoradas y abandonadas a su suerte.

Al recordar este deseo del inquieto corazón de padre y pastor de don Orione, vinieron a mi mente tres "ciudades" en las que Jesús también respiró el aire fresco y gratuito de la caridad. Estas tres ciudades son Belén, Nazaret y Betania.

En Belén, que significa "Casa del Pan", Jesús fue recibido, abrigado y alimentado con amor por María y José, y reconocido con cariño y admiración tanto por los sabios como por la gente humilde y sencilla. Podemos decir que, en Belén, se respira el amor a la vida, y ese amor hace que la fría pobreza del entorno se transforme en calor de hogar. Es el lugar que respeta la dignidad de toda persona humana y la valora y acoge como don de Dios.

Años después, otra ciudad, Nazaret, fue el ambiente donde Jesús aprendió a formar parte de una familia y a integrarse en una comunidad, donde fue creciendo «en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52), y donde cultivó el valor del trabajo y de la responsabilidad. Es el lugar que no descarta a las personas, sino que las incorpora a la vida social, apreciando y haciendo fructificar sus talentos y capacidades, como nos muestra Marta con su vida y a través del libro que ha escrito.

Finalmente, en la ciudad de Betania, compartiendo el don de la amistad con Marta, María y Lázaro, Jesús experimentó el valor de relaciones humanas auténticas y sinceras, donde no se margina ni abandona a nadie, sino que se acompaña, se escucha y aconseja, se comparten la fe y el servicio, las penas y las alegrías. En definitiva, Betania es el lugar que ayuda a salir del individualismo, donde uno se siente amado y desea amar a los demás de manera concreta. Lugares así —como nos compartía Norma en su testimonio—, hacen sentir a las personas recibidas, cuidadas y queridas tal cual son.

Como vemos, Jesús vivió en lugares donde respiró el aire de la caridad; allí experimentó el amor de una familia, la integración en una comunidad y la amistad fraterna, compartiendo la vida con sus seres queridos. Me gustaría que esta breve reflexión nos llevara a pensar y a agradecer por tantas "ciudades de la caridad", como este Pequeño Cottolengo, donde el Evangelio sigue vivo y operante, aquí y ahora, en este hermoso país. A este respecto, me gustaría citar unas palabras de mi Predecesor san Juan Pablo II, cuando dijo, dirigiéndose a un grupo de personas con discapacidad, que el amor de Dios «es el fundamento de nuestra esperanza y el aliento de nuestra vida. Dios nos ha mostrado de un modo insuperable en Jesucristo cuánto ama a cada hombre y cuán inmensa es la dignidad que a través de Él le ha conferido. Precisamente aquellos que deben padecer algún impedimento físico o espiritual, deben reconocerse como amigos de Jesús, como amados especialmente por Él» (Ángelus, Osnabrück, 16 noviembre 1980).

Queridos hermanos y hermanas, han venido hoy a este encuentro numerosos residentes y trabajadores, religiosos y religiosas, familiares y voluntarios que colaboran en esta gran obra: en sus miradas luminosas puedo ver tanta cercanía, en sus manos abiertas puedo reconocer innumerables gestos de servicio gratuito, en sus corazones generosos puedo percibir mucha ternura y comprensión. Gracias a todos por sus testimonios de entrega y amor al prójimo. La noble labor que realizan aquí cada día, con tanto cariño, esfuerzo y dedicación, es un sólido cimiento para la construcción de una nueva ciudad: la ciudad de la caridad, de la convivencia y de la paz. Ciertamente, «es una construcción más lenta, menos visible y menos llamativa» que la de otro tipo de ciudades, pero «es a este horizonte de compromiso, a esta obra de esperanza, al que damos el nombre de "civilización del amor"» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 185).

Los valores de dignidad, integración y amistad fraterna que distinguen a lugares como este, tienen mucho que decir a nuestras sociedades, a menudo llevadas únicamente por la búsqueda del éxito económico o el culto de la apariencia física. Quisiera hoy afirmar que sus vidas no son un peso para la sociedad; son una bendición, porque ustedes pueden ayudarnos a no olvidar cuál es el fundamento de la dignidad de cada ser humano y lo que es realmente importante en la vida. El progreso de una nación también se mide por la acogida que sabe dispensar a todas las personas con discapacidad y necesidades especiales.

En este momento tan particular, quisiera compartir con todos ustedes mi deseo para este país. Que Argentina sea capaz de hacer grandes obras de caridad, como vemos aquí, donde el amor de Cristo triunfe sobre el individualismo y la exclusión. Imagino a miles de jóvenes sumándose como voluntarios a la gran historia de caridad que la fe sincera y sencilla del pueblo argentino ha escrito a lo largo de los siglos. ¡Que en Argentina se fragüe una nueva generación de santos de la caridad! ¿Y por qué no pueden serlo todos ustedes? ¡La caridad de Cristo nos urge! (cf. 2 Co 5,14).

Queridos amigos, sigamos respondiendo con fe y esperanza a la llamada universal a la santidad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11). Lo anhelaba también nuestro querido Papa Francisco y, por eso, escribió: «Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 14). Pongamos los dones recibidos al servicio de los más pequeños y necesitados, cada uno en la medida de sus posibilidades, para que la ciudad de la caridad se consolide, se extienda y logre derribar las fronteras del egoísmo.

Por último, me gustaría hacer notar que aquí, en la capilla de esta comunidad, se encuentra la reliquia del corazón de don Orione, testimonio del vínculo profundo que unió a este santo sacerdote italiano con la tierra argentina. Su corazón incorrupto continúa recordándonos que “la caridad salvará al mundo”, porque «Dios es amor» (1 Jn 4,8) y «el amor no pasará jamás» (1 Co 13,8). El secreto de esa vida entregada por amor lo reveló mi Predecesor san Juan Pablo II en la Homilía de canonización de este incansable apóstol, cuando dijo: «El corazón de este estratega de la caridad “no conoció confines, porque estaba dilatado por la caridad de Cristo” (Escritos, 102, 32). El celo por Cristo fue el alma de su vida intrépida, el impulso interior de un altruismo sin reservas y el manantial siempre fresco de una esperanza indestructible» (Homilía, 16 mayo 2004, 2).

Pidamos al Señor que, así como modeló el corazón de los santos, modele nuestros corazones a semejanza del suyo: ardientes en la caridad, bondadosos en la paciencia y perseverantes en la humildad (cf. Mt 11,29).

Que Dios los bendiga a todos, y derrame abundantes bendiciones también sobre sus familias, bienhechores y demás seres queridos. Los llevo en mi corazón. Muchas gracias.»